



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

Misa en la jornada de oración por el Pontífice - Homilía del Nuncio Apostólico

– 4 de octubre 2020 –

La parábola, del Evangelio según San Mateo, que proclamamos este domingo XXVII del Tiempo Ordinario, comienza con la descripción de una viña que ha plantado un propietario y a la cual ha prodigado todos sus cuidados. Jesús alude con este relato a un canto del Profeta Isaías que también habla de un propietario de una viña que hace las mismas cosas descritas por Jesús en su parábola. Ese es el texto de Isaías que hemos leído en la primera lectura de este domingo. El Profeta les recuerda a sus hermanos judíos que Dios los ha rodeado de muchas pruebas de amor a lo largo de su historia de salvación y sin embargo ellos no han sabido retribuir ese amor de Dios de la manera apropiada. ¡En vez de dar uvas dulces, han dado uvas acidas!

Pero en la presentación que hace Jesús de este relato tradicional hay una variante importante. Jesús presenta una acusación contra los arrendatarios de la viña quienes se niegan a entregar los frutos que ésta ha producido y además actúan de una manera criminal contra los enviados del propietario, llegando al colmo de matar a su hijo, con la vana esperanza de quedarse con la propiedad de la viña.

No es difícil ver que Jesús hace una clara alusión a toda la historia de Israel, a su comportamiento con los distintos enviados de Dios: los Profetas, y, finalmente, con él mismo, el Hijo de Dios. Los sacerdotes y los fariseos que escuchaban a Jesús entendieron inmediatamente que ese reproche se refería también a ellos y por eso tramarán matarlo.

Nosotros podemos interpretar esta parábola aplicándola a nuestra propia historia, pero cayendo en la tentación tan común de polarizar las culpas, echándoselas siempre a los otros: el culpable de la falta de frutos es el Pueblo de Israel o, por el contrario, los culpables son los sacerdotes y los escribas, esto es las autoridades del Pueblo.

Los invito en cambio, queridos hermanos, a interpretar la parábola de Jesús aplicándola a la vida de todos y cada uno de nosotros. El Reino de Dios (la Viña), es una realidad que nos es amorosamente donada por Dios a cada uno, con la propia vida. Dios nos otorga su gracia, su amor, gratuitamente, en la vocación cristiana, en la fe, en la revelación de su Palabra, en la fraternidad comunitaria de los creyentes, en los sacramentos, etc. Estos son algunos de los bienes que Dios nos ha confiado en la vida para que produzcamos frutos buenos. La falta que se reprocha a los viñadores es precisamente la de no haber entregado los frutos buenos que se esperaban.

Preguntémonos entonces, hermanos, delante del Dios que nos ama hasta entregarnos a su Hijo Amado. Delante del crucifijo. ¿Hemos entregado puntualmente los frutos buenos que el propietario de la viña tiene derecho a exigir a los arrendatarios?

En este domingo, que coincide con la festividad de San Francisco de Asís, los católicos de todo el mundo nos hemos congregado en oración por el Papa Francisco,



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

por su persona y por su Ministerio, y dedicamos también las ofrendas del día a apoyar sus obras, en lo que llamamos el Óbolo de San Pedro, que tradicionalmente se recoge en la fiesta de San Pedro y San Pablo, el 29 de junio.

El Papa Francisco, que los colombianos conocen bien de cerca, en medio del desconcierto de la Pandemia del COVID-19, nos ha sostenido con su oración y con su mensaje, un rico mensaje para toda la humanidad, que tiene dos objetivos principales. El primero es sugerir una dirección, algunas claves y directrices para reconstruir un mundo mejor, que podría nacer de esta crisis de la humanidad. Un mundo marcado no por la competición y la lucha por el poder, sino por la compasión y la solidaridad. El segundo objetivo es el de sembrar esperanza en medio de tanto sufrimiento y desconcierto. El Papa no es derrotista. El Papa desafía a cada uno de nosotros –sin que importe lo encumbrado o humilde que sea- a osar hacer el bien, a hacerlo incluso mejor que antes. *¡Nosotros podemos! ¡Nosotros Debemos!*, nos dice continuamente el Papa Francisco, “*porque con Dios la vida nunca muere*”.

“Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino sólo juntos”, esta es la magnífica y esperanzadora enseñanza que nos dejó Francisco el viernes 27 de marzo pasado – una ocasión sin precedentes – durante la oración extraordinaria de adoración en la Plaza de San Pedro, en la que bendijo solemnemente la ciudad de Roma (*urbi*), de la que es Obispo, y el mundo entero (*orbi*).

La vida cristiana es una lucha por poner en práctica en nuestra vida cotidiana todas las virtudes que San Pablo enumera en la segunda lectura de esta misa, tomada de la Carta a los Filipenses. Hay que poner por obra la enseñanza recibida del Evangelio y también del Santo Padre, el Papa Francisco. ¡Solamente así podremos dar buenos frutos y de esta manera el Dios de la paz estará con nosotros!
